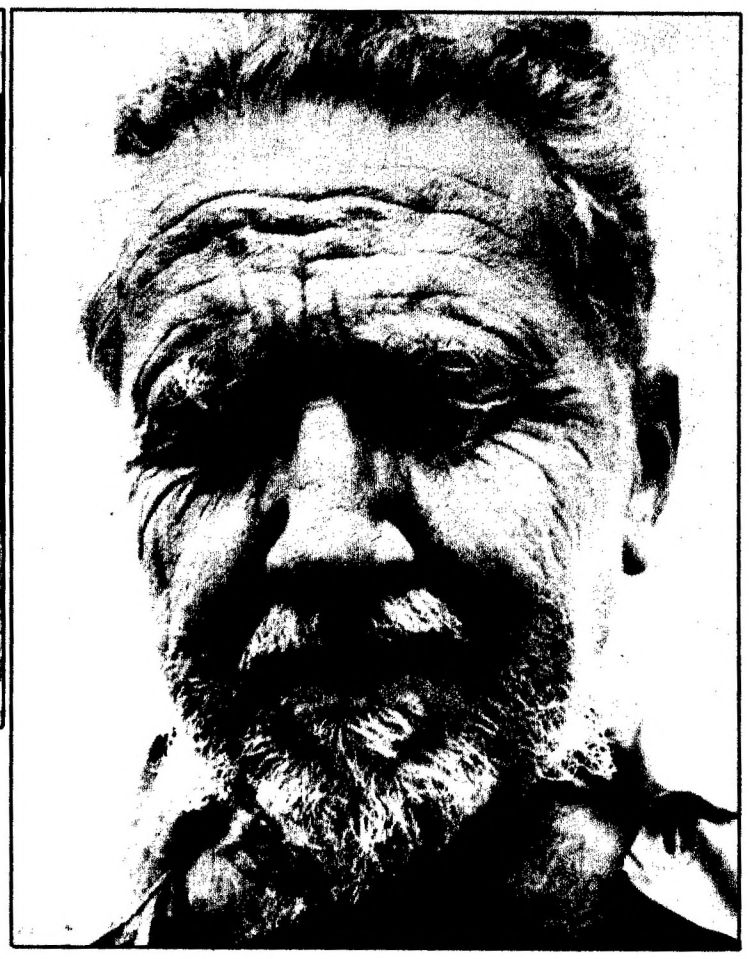
Empresa editora: TISA
Pelayo 28 – 08001-Barcelona
Teléfono: (93) 3015454
Télex: 54.530 y 54.781

LA VANGUARDIA

CULTURA



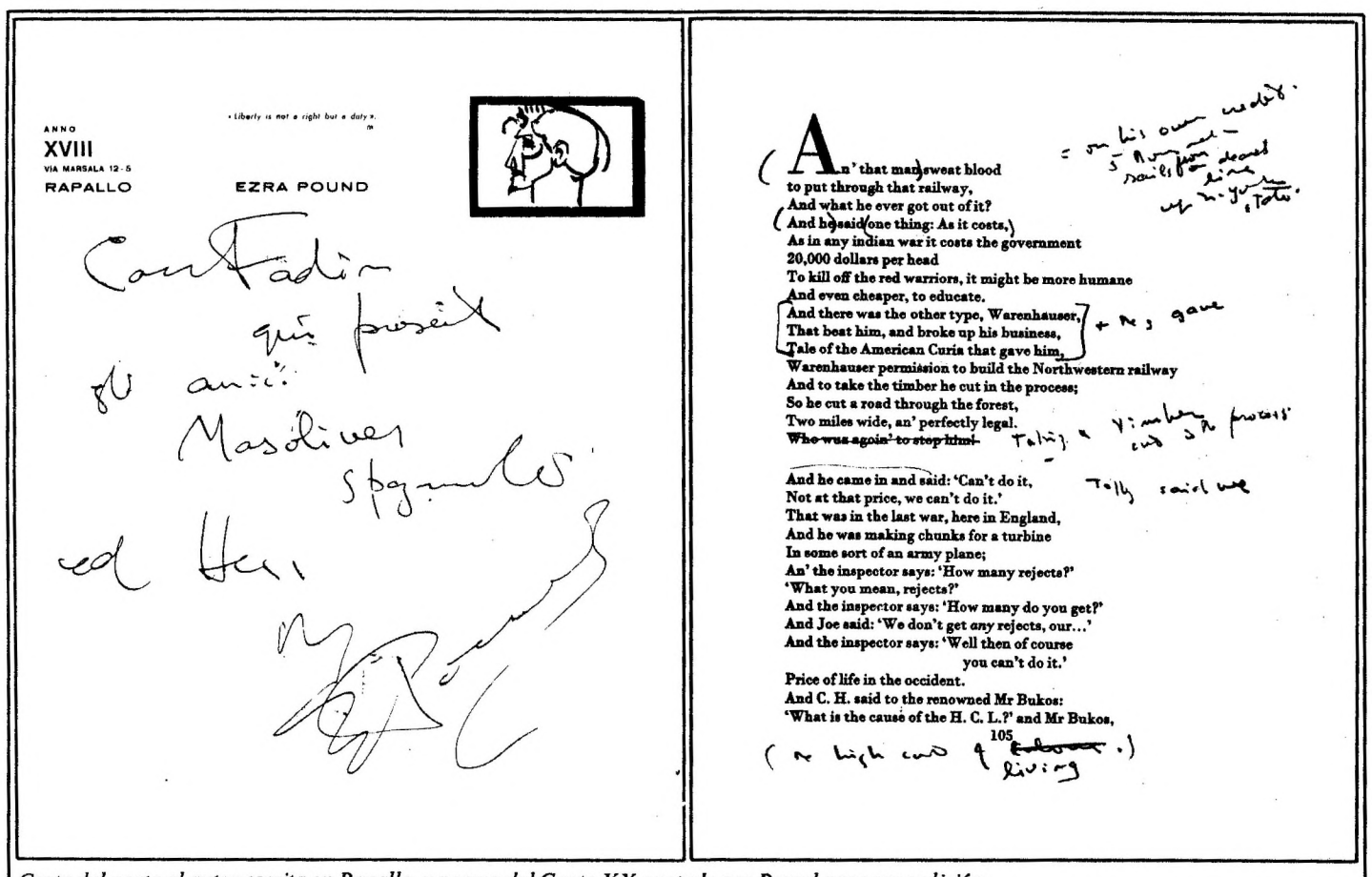
A la izquierda Ezra Pound por Wyndham Lewis; en el centro, retrato del poeta por el fotógrafo Avedon y, a la derecha, Pound leyendo sus poemas en público en Trento, el año 1970

En el centenario del nacimiento del poeta americano Ezra Pound

Tío Ez, una crónica italiana

ESTOY viendo, al chafable mocito que uno era, ascender con "la puzza sotti il naso" –como gráficamente dicen en Roma– hasta el quinto piso del 12 de Via Marsala, una caduca calleja a espaldas del mar en la entonces idílica Rapallo, la perla del golfo Tigullio, a media hora de la Génova de mi flamante lectorado. Y sobando en el bolsillo la tarjeta que, a guisa de viático para Italia y al término de la principesca cena en un bistrot aledaño al Institut Pasteur, garrapateó James Joyce con unas frases desmedidas en que por Virgilio me asignaba a Ezra Pound.

Del poeta norteamericano, a la verdad poco sabía entonces. Apenas su larga y desmadejada figura en aquel grupo (el macizo y circunspecto Ford Madox Ford y el propio Joyce) que abría la traducción madrileño del "Artista adolescente". Y, por supueso, ni de nombre siquiera conocía su soberbio "Hugh Selwyn Mauberley". Añade un solo vistazo sobre el poundiano "A Draft of XXX Cantos", recién publicado por la trepidante Nancy Cunard en sus artesanales y requintadas ediciones parisienses, con aquel "First: Ten slabs best red, seven by 15, by one third, / eight ditto, good red, 15 by three by one, / six of same, 15 by one by one. / Eight columns 15 by three and one third / etc... with cariage, danars 151" que, al surrealista que uno se creía, sonaba poco menos que a marinettianas "parolibere". Cierto también, que entrado en el círculo genovés de "L'Indice", el periódico literario dirigido por Gino Saviotti (y Pound colaboraba de tarde en tarde), se añadían ahora las prevenciones en orden al carácter de aquel que ahora iba a visitar; y de sus excentricidades, que al cabo era la nota positiva.



ANNO XVIII
VIA MARSALA 12-5
RAPALLO

«Liberty is not a right but a duty».

EZRA POUND

An' that man sweat blood
to put through that railway,
And what he ever got out of it?
And he said one thing: As it costs,
As in any indian war it costs the government
20,000 dollars per head
To kill off the red warriors, it might be more humane
And even cheaper, to educate.
And there was the other type, Warenhauser,
That beat him, and broke up his business,
Tale of the American Curia that gave him,
Warenhauser permission to build the Northwestern railway
And to take the timber he cut in the process;
So he cut a road through the forest,
Two miles wide, an' perfectly legal.
~~Who was agois' to stop him.~~

And he came in and said: 'Can't do it,
Not at that price, we can't do it.'
That was in the last war, here in England,
And he was making chunks for a turbine
In some sort of an army plane;
An' the inspector says: 'How many rejects?'
'What you mean, rejects?'
And the inspector says: 'How many do you get?'
And Joe said: 'We don't get *any* rejects, our...'
And the inspector says: 'Well then of course
you can't do it.'
Price of life in the occident.
And C. H. said to the renowned Mr Bukos:
'What is the cause of the H. C. L.?' and Mr Bukos,

105

Carta del poeta al autor escrita en Rapallo, y poema del Canto XX anotado por Pound para su reedición

La señora Shakespear

Mas lleguemos a lo alto de la escalera. A un recibidor con pequeñas esculturas y algún cuadro (un abstracto y estupendo Max Ernst, entre ellos) y al pequeño estudio del poeta amueblado con doble estantería –de no demasiados libros– al ras del suelo, unos curiosos asientos de cualquier madera, el bufete: todo construido por nuestro hombre, salvo los muchos archivadores tras él y, de contado, la antediluviana y voluminosa Smith Premier, más la colección de lapiceros y las tijeras colgando de sendas lizas para no perderse entre las fotocopias y papeles que llenaban la mesa. Y echa a sinsubstancia moceril que aquel espigado "anciano" –¡no tenía aún los 50!– con mechón de panoja y perilla tirando a napoleónica, aquel Buffalo Bill de cuello Gustavo Serena en un mar lechoso sembrado de pecas, azulenco mirar inquieto restallando frases breves, axiomáticas, en no sé qué compósito sabir, se me antojara poco al día, casi lo que entonces llamábamos pasatista (y el involuntario mohín, al referirse a Joyce, vació el salero). Y luego Dorothy Shakespear, la esposa, una de esas enhiestas, deslavadas y sonrientes inglesas, rosadas mejillas de porcelana y cantarina voz, autora indudable de los amables cuadros floreales por allí colgados. Y que pese al parentesco próximo con un legendario comandante Shakespear, verdadero T. E. Lawrence "avant la lettre"; y aunque Olivia, la madre, hubiera sido amante de W. B. Yeats (ella fue, a través del gran poeta irlandés, la introductora de Ezra en los círculos artísticos de Londres), es evidente que procedía de un muy "convenable" y victoriano hogar: como que nuestro poeta –supe años después– llegó a nupcias sólo tras un comedido noviazgo de cinco años y además dos gatos. ¡Vaya con los futuristas!

Y aquí el pronto corolario, contrario en todo a las supuestas premisas. Semejante hombrón, lector infatigable, estaba al día en lo tocante al acontecer plástico, musical y literario de media Europa, lo español incluido, y mantenía abundantísima correspondiencia (dígalo el cartero, que apareció en aquel instante). Añade las horas volcado sobre fotocopias de los códices cavalcantianos, para pulir una y más veces sus traducciones, mientras llevaba de consuno la cíclópea empresa de sus propios "Cantos". ¡Que aún le quedara tiempo para ser remador infatigable, y nadador golfo adentro, tenista de imparable "drive", despearse una tarde sí y otra también, en compañía de Dorothy y de quien se apuntara, por los montes de pizarra y olivos que encierran a Rapallo por el norte! Y para dirigir el suplemento literario del local "Il Mare" donde, con el poeta inglés Bunting y mi colega el alemán Eugen Haas, éramos sus peones de brega.

Ultimo y no menor, el dar cuerpo a las tandas de resonantes conciertos en que, además de nuestros convecinos el compositor alemán Gerhart Münch y la violinista norteamericana Olga Rudge colaboraba, gratis et amore, el magiar Serly, primer viola de la Filarmónica de Filadelfia, el celista Brizzolari, los cantante Lonny Mater, Chiarina Fino Savio e Yves Tinaire, el Quatuor Hongrois o el Cuarteto Bruxellois de Gertler. Para exhumar a Young y Telemann y Lubek, a Jenkins o Francesco da Milano y devolver Purcell a Vivaldi a la circulación, sin olvido de Scriabin, Bartok, Hindemith, etcétera. Total: a su vera me quedé cuatro años, y los dos veranos subsiguientes.

Nada digo del gran poeta y descomunal "clerc" llamado a revolucionar la poesía anglosajona, y no sólo ésta; del incisivo crítico gracias al cual tantos son los que aprendieron a "leer"; del patrón de toda empresa restauradora de valores literarios y plásticos, alentador y guía de tantas figuras hoy merecidamente célebres –Eliot y Joyce, en primera–, mecenas también, él que milagrosamente vivía, magros derechos de autor aparte, de los minúsculos y modélicos artículos de economía dispensados en un semanario inglés. Nada, porque de ello andan llenos gacetas y libros.

Animador de vanguardias

Lo que haya sido el papel de Pound en los quince años rapallinos precedentes a la guerra, en nada es segundo a su gigantesca tarea de suscitador de movimientos experimentales –imagismo y vorticismo incluidos–, redescubridor de Laforgue, Corbière, Mallarmé también, ¿y por qué no Rimbaud?, a los propios franceses (véase la tesis de René Taupin), editor o pilar de una serie de revistas que impusieron a ambos lados del mar los nuevos grandes nombres del siglo. Todo, en fin, lo ya dispensado a manos llenas en los años de Londres y París. Además de los ya citados y de otros convecinos, cual el musicólogo doctor Chilesotti, el filósofo angloindio Dodsworth, el futuro cineasta F. F. Cerio, pienso en el jubileo de ingenios relevantes que del otro cabo del mundo venían en su busca e incluso acababan por instalarse en Rapallo y aledaños: el belga Crommelynck, los pintores Kokoschka y Max Ernst; de visita, Yeats, Wyndham Lewis, Frobenius o Montale y el editor Vanni Schwiller; como discípulos, el neoyorquino Zukovsky, el ahora editor James Laughlin IV y no sé cuánto joven americano más. Y así en los veranos: Moravia, el filósofo Arangio-Ruiz, los pintores Prampolini, Paulucci, Cagli, Rolando Monti, el tratadista de arte Pier Maria Bardi, los poundianos Monotti, Linati, etcétera. Y la juventud ligur en peso –Adriano Grande, Ansaldo, Gallo, Capasso, Gazzo– y en procesión la italiana, casi toda.

La colaboración y el regreso

Vino luego la colaboración con la radio italiana, que en la expresiva jerga suya de explosiones y cantables, dos de pecho y susurrados bajos, casi tan sugestiva como aquel disco en que declamaba alguno de sus "Cantos", significó no chico éxito para la EIAR en cuanto la guerra congeló los ingresos ingleses de Pound, y los que sus cuadros producían a Dorothy. Y allá se venían de mes en mes a Roma, al modesto Albergo Italia, al pie del palacio Barberini, para grabar de vez cuatro programas, él despachurrado bajo la pelliza de tratante y el chambergo, ella con el sombrerito que es de imaginar y bajo la dulce manaza del marido. Dispuesto éste a descargar rayos y centellas, a fuer de viejo republicano, sobre Roosevelt y demás del Partido Demócrata, entregados a la finanza internacional –sinónimo en él de usura– y fautores, no sólo según él, de la entrada en guerra.

Lo demás es notorio. Había intentado inútilmente regresar a los Estados Unidos cuando Italia entró en guerra; y en el 42 se le impidió tomar el tren que repatriaba a los diplomáticos americanos y sus amigos. Detenido antes de acabar la contienda y trasladado por las tropas yanquis a un campo de concentración cercano a Pisa, tres semanas le tuvieron encerrado en una jaula de acero expuesta a la intemperie. Hasta conseguir que cediera su fuerte fibra de sexagenario y hubo que trasladarle a la enfermería, casi medio año más (lo que no le impidió escribir la maravilla de sus "Pisan Cantos"). Y ya en Washington, reo de alta traición, el "comprensivo" residenciarlo en la casa de los locos, vulgo Hospital de St. Elizabeth, sin más autorizada visita, en un principio, que la de su esposa. Once largos años de manicomio que no impedirían a sus "Cantos Pisanos" ser coronados (1949) con el premio Bollingen, por un jurado en que figuraban Eliot, Auden, Allen Tate, R. Lowell, Aiken y Penn Warren, la crema de la poesía del país.

Y el regreso, absuelto en 1958 del delito de traición, a su Italia: primero al castillo alteatesino de su hija (y de Olga Rudge) la princesa María de Rachewitz; a Venecia después, donde su fiel amante (y allá consiguió completar los cantos –"Cantares" ahora– del 96 al 109). Luego, dos apariciones en el festival que en Spoleto organizaba el compositor ítalo-americano Gian Carlo Menotti, una visita a Rapallo, otra a París. El amago de ataque al corazón, la decrepitud, el enmudecer. Hasta la muerte, que llegó al entrar noviembre del 72 en aquella casita veneciana próxima a la Salute.

Aquella morada que años antes anduvimos buscando mi mujer y yo, de timbre en campanilla (entre un dédalo de callejas cortadas por celadas mansiones y los huertos conclusos como ya sólo quedan parte de allá del otro canal), para corresponder al cariñoso recuerdo que –desde su encierro– me mandara por medio de mi amigo el poeta Aurelio Valls, entonces nuestro cónsul en Nueva York. Aquel 52 de la breve calle Querini que, no sé por qué información mal entendida, me empeñaba en buscar por la Giudecca. Y ahora, inolvidable Tío Ez, ya sólo puedo visitarte en la otra isla vecina. La de San Michele, con sus muertos.

JUAN RAMON MASOLIVER